

TRES HISTORIAS O UNA FABULA DE LAFONTAINE

Ana Adela Goutman.

La polémica entre Jaspers y Luckacs repite el cuadro de desentendimiento que conocimos en una reunión en Cerisy La-Falle.

La historia es "oficio" de historiadores: (a) es un azar, (b) o es una tarea del hombre, (c) ? Cada una de estas tres posiciones tiene su círculo de "adictos" que parecen, a su vez, unidos por lazos más sutiles o mágicos que los de haber optado. Como si un punto de vista común, uniera a los hombres y los identificara en todos los aspectos más personales.

El hombre de la calle, el obrero, el empleado, que conocen su propia situación de clase saben que el cambio de situación económica está acompañado por la conciencia y el sentimiento de participar en una distinta puesta en escena, una nueva clase a la que han presentado como desde el escaparate.

El investigador que se dedica a su oficio, cuenta con su fe en sí mismo y la historia que él conoce, recibe de esta manera un impulso creador desde el gabinete, de análisis y síntesis subjetivas. Quienes recuperan para la historia la temática del azar esperan como Carnot, el acontecimiento cotidiano y "fabuloso" que seguirá al hecho de hoy. Confían en la decisión del hombre histórico, en esa extraña elección, inexplicable a veces, pero siempre dramática que acusará inmediatamente su peso. Para ser histórica, la decisión no puede esperar al juicio del futuro, es histórico desde el instante en que existe. No significa esto que el juicio póstumo llegue a descuidarla como tema, porque cada historiador hará su serie de consideraciones al respecto; pero en la medida en que su relato o su investigación esté tejida al hilo de las decisiones de los hombres históricos, la continuidad temporal o el progreso habrán alcanzado la cumbre del "nominalismo inmortal".

Cuando el interés por nuestro país nos enrola en la tarea histórico-política, la conciencia del quehacer humano adquiere, también en la práctica, una visión panorámica de la realidad que puede ser transformada. Es la interacción producida por los hombres y las condiciones del país, la que conforme al cambio y el desarrollo progresivo en nuevas categorías, nuevos contenidos conceptuales, que asimilan y niegan o destruyen los de momentos anteriores.

¿Es la historia oficial de historiadores? El historiador frecuenta su material en vista a un ordenamiento cronológico o simpático. Ambas determinaciones orientan dos corrientes de historiadores, los de la historia pasada y los de la historia de la narración como subjetividad-histórica.

Para el historiador de las cronologías no hay un hecho más importante que otro, no hay valoraciones, hay un pasado y sus secretos, o la verdad y la ciencia. (Lebrun, Labrousse).

Para el historiador que tiene con el pasado un lazo de amistad (Marrou) la historia es una aventura personal, por esto la amplitud y profundidad humanas del historiador son las condiciones *sine qua non* para poner en práctica la técnica de la comprensión diltheana. Mientras el "oficio" de historiador sea la clave de su trabajo, la subjetividad, desconocida en la historia cronológica, toma su revancha en la historia como movimiento simpático y en la historia como azar.

Naturalmente que para hablar de subjetividad, es preciso reconocer, al mismo tiempo, sus significados y sus usos. En el sentido en el que la usa Dilthey, o Marrou o Aron, se trata de la subjetividad del historiador, sin más intervención que su juicio de valor dado por la época o por una conciencia trascendental más profunda o más desconocida.

Pero la subjetividad en la concepción de la historia como azar, se refiere al hombre: Napoleón, Hitler, etc., a la subjetividad del actor, del ejecutor, describe una historia de hombres o héroes, y reduce el movimiento "historiador" a un cambio de hombres.

La historia como puro azar, reclama su independencia del historiador, porque es él quien la encuentra, quien busca y, sorprendido por todo lo que no puede explicarse, suele terminar por negarlo. Cournot se libró de ser historiador, y nos explicó lo que es el no serlo. Sería pueril destacar la actitud del historiador en cuestión y su aislamiento de la situación general de su época, porque aun teniendo conciencia de ella, la decisión o elección personal, que es un modo de administrar el azar, nace como en una isla y se destacan sus perfiles con austeridad, cuando inexplicablemente emerge.

La decisión del hombre histórico en su oportuni-

dad adquiere un rol importante, el problema de los valores morales, es un campo fecundo para trabajar, es realmente su único punto de referencia, y es precisamente allí donde Aron fijó sus cuarteles generales y se amuralló en la moral kantiana.

En la investigación histórica actual, el hecho nuevo lo configuran los historiadores, hombres de ciencia que recurren a los hechos políticos, económicos, culturales y establecen con el momento una suerte de diálogo en el que la subjetividad cede el paso a la interrelación de los datos obtenidos.

Cuando Hegel escribió las **Lecciones de Filosofía de la Historia**, para dictar sus clases, seguramente previó que sus pensamientos harían dos itinerarios, el de los subjetivistas, dueños de la verdad y enrolados en lo que ha dado en llamarse la derecha hegeliana, y que tuvo su festín en las concepciones descritas con anterioridad, y la izquierda hegeliana, que no se autoabasteció de espíritu absoluto y debió constituir la otra versión hegeliana del desarrollo histórico, que integra, como la vida diaria, los momentos importantes en el transcurrir de las circunstancias.

